

Los empresarios españoles vuelven al 'cole' para aprender Filosofía

Una escuela en Madrid alberga directivos que buscan formarse en su madurez • Entre el alumnado también hay jubilados o amas de casa

Alberto Gordo y Carmen Guerrero.

Madrid

Cuesta imaginarse al vicepresidente de OHL o al máximo accionista de Bankinter departiendo sobre el lugar donde se encuentra la *Alétheia*, esa verdad que hoy parece inalcanzable pero que, en caso de hallarse, tiene un incalculable valor. Pero sí que lo hacen, cada vez más; y lo estudian, y leen, y no faltan nunca a clase.

Hace seis años, Gonzalo Mendoza, economista, y Jorge Úbeda, doctor en Filosofía, tomaron la decisión de pararse a pensar y, construyendo muros alrededor de esa parada, crearon su *Asamblea ateniense* particular, un oasis para dialogar dentro del Madrid más precipitado. Sus palabras desprenden la calma con la que nació su Escuela de Filosofía, precisamente para debatir y pensar, en torno a un único significado que definen con la misma simplicidad con la que idearon el nombre: "Se trata de un lugar donde detenerse".

Lo extraordinario del proyecto cuajó enseguida en las más altas esferas empresariales, donde la filosofía es ya un tema más a discutir entre balances y ampliaciones de capital. Allí, en la Escuela, disentir es el único *leitmotiv* permitido. Un ejercicio diario de libertad de pensamiento que en algunas empresas dirigidas por su selecto alumnado se convertiría en poco menos que un suicidio laboral. Por aquello de la disciplina. Un ama de casa o un jubilado -de ambos colectivos hay en la Escuela- pueden, si así lo consideran, robar la palabra a quien quieren y discutir de tú a tú con el más formado de los ejecutivos, por mucho que éste tenga el poder de hundir el Ibex 35 con



Las tareas profesionales dejan, al final del día, un hueco para el aprendizaje.

una sola llamada. Es parte del proceso, y los empresarios lo encaran bien. De ellos llama la atención su disposición para el aprendizaje y el modo en que encaran los cursos, comentan los profesores. Incluso les mandan deberes: leer, analizar los comentarios de grandes filósofos como Platón o Aristóteles; para luego comentarlos y llegar a conclusiones.

Se enganchan en el poco tiempo que les dejan libre sus trabajos. Y las cifras no mientan: un 90% de los que lo prueban, se queda. Por eso, no es raro encontrar a directivos que llevan entre cuatro y cinco

años siendo fieles al saber por el saber. "No me lo pierdo por casi nada del mundo", explica una prestigiosa diseñadora de mobiliario madrileña, que simboliza la actitud, más que generalizada, que tienen estos alumnos en su *vuelta al cole*.

Es esto lo que facilita que todo siga su curso. Los que recurren a la filosofía, explican, no quieren que ésta se inmiscuya solo en su vida privada, sino que sirva también como un complemento formativo que les ayude en la toma de decisiones. "Pero no se trata de un máster", recuerdan sus directores, "es un complemento

para gente que ya está formada. Son además compañeros, se tratan como tal, aunque muchos de los alumnos sean de sobra conocidos, sobre todo dentro del panorama empresarial", explican Úbeda y Mendoza. Ante todo, insisten en esa igualdad para el debate.

El perfil de los que acuden en busca de respuestas es muy variado, y eso enriquece. Casi todas son personas de entre 50 y 60 años. Autónomos, pensionistas, amas de casa, empresarios de todos los sectores, desde el energético hasta el bancario. Los cursos no son baratos, rondan los 4.500 euros por año, lo que no implica que sus alumnos sean millonarios, ni mucho menos. También los hay más baratos, que tratan sobre temas concretos como pueden ser el problema de la libertad o el pensamiento oriental. Prácticamente todos lo consideran un dinero bien invertido, que en último término les reporta un bienestar para nada incompatible con sus tareas profesionales. Porque puede servir de mucho, aseguran los directores de la Escuela. Jorge Úbeda comenta que "tiene que ver con el quehacer diario o económico en el caso de los

"No es un máster, sino un complemento para gente ya formada", explican los directores

empresarios, todo desde un punto espiritual. La filosofía -aclara- aporta una enorme capacidad analítica, que hoy en día está mermeada".

La dinámica de las clases invita a reforzar esta estructura amigable y pacífica, que comienza con unos cursos de dos años de duración en los que el alumnado se familiariza con la historia del pensamiento filosófico. Después, el estudio deja paso a una serie de cursos protagonizados por la interacción y la discusión entre diferentes puntos de vista, con un único fin: el entendimiento.

MARIANO AISA

"Es tan distinto que relaja, como el deporte"

"Es como hacer deporte, te sumerges en algo tan distinto que te relaja". Lo dice nada menos que el vicepresidente de OHL, Mariano Aisa, que contagia la ilusión con la que acude a cada una de las clases. Lleva cinco años estudiando las enseñanzas de figuras como Kant o Descartes, después de que uno de los fundadores de la Escuela, Gonzalo, le dijera algo así como que la filosofía "era buena para formar directivos". Como todos, dudó. Pero hoy, esta aventura le hace sentirse "plenamente feliz". Y le ayuda a escapar del hastío que provoca "la vida cotidiana y rutinaria en la que vivimos los empresarios".

LUIS IRASTORZA

"Es fundamental poder pensar libremente"

Ser un libre pensador, a lo antiguo, fue el principal anhelo que empujó a Luis Irastorza, ingeniero civil y economista, además de ex director general de Riofisa y actual consejero delegado de Duch, a abalanzarse sobre el pupitre pasados los cincuenta. Se trata, en su caso, de continuar aprendiendo en la madurez, y se declara enganchado. Comenta que si viaja, escucha las clases grabadas y se organiza para no quedarse atrás en el temario, como el más aplicado de los alumnos. Y empieza a notar el cambio: "en la oficina, la filosofía también resulta fundamental; te ayuda en mucho más de lo que imaginas".

MAMEN G. DE LA HOZ

"He mejorado en el trabajo y en mis relaciones"

Mamen, arquitecta, no tenía apenas tiempo para nada que no fuera proyectar edificios. Cuatro años después de comenzar con la lectura atenta de los maestros ve la vida con otros ojos. Estudia junto a su marido, con el que ha aprendido a reservar tiempo para las clases. "Para mí, hoy es algo prioritario y lo hago como si fuera a una reunión" afirma orgullosa. Porque es, en cierto modo, parte de su trabajo: "me sirve para mejorar en el trato con los demás, en la aplicación del respeto". Le cuesta explicar lo que estos cursos significan para ella, por eso termina con un sencillo "se lo recomiendo a todo el mundo".

LUIS VALERO

"Probé un par de semanas y me enganché"

"Gratificante". Así define Luis Valero, socio de Deloitte, su aventura filosófica. Para él, las clases constituyen una cita ineludible. Jesús llevaba tiempo inquieto, necesitaba respuestas que no obtenía en su día a día, lo que le hacía sentirse incompleto. La oportunidad le llegó hace un año -es de los novatos-, cuando un compañero de trabajo le habló de las bondades del saber. "Fui un par de semanas y me enganché absolutamente", confiesa. Para él, no es difícil definir lo que supone: "no es más que hallar cuestiones que van más allá de las triviales"; es lo que busca, que le ayuden a pensar, para ser un poco más libre.

PHILIPPINE G. CAMINO

"Se despiertan inquietudes que creías dormidas"

Su idilio con el estudio del pensamiento comenzó a través de un contacto profesional. Una mañana, en una reunión, conoció a un empresario que no paraba de hablar de filosofía, "y aquí estoy", cuatro años después. "Una doctora en Periodismo, que diseña muebles, y que además tiene una auténtica adicción que va más allá del deseo de aprendizaje con esto de la Escuela". Y se observa en su rutina: "algo muy gordo tiene que pasar para que falte a una, un viaje muy importante o algo así", enfatiza. El mayor de los cambios que ha vivido tiene que ver con el despertar de inquietudes que creía dormidas: cine, literatura, exposiciones...